

EL CETRO
Constitucional.

SEMANARIO POLITICO.

Núm. 3.º



MADRID

Imprenta de don José del Collado.

El Cetro Constitucional.

del número anterior.

Semanario Político.



M A D R I D

IMPRENTA DE COLLADO

1820.

29 Cero Constitucional

29 Cero Constitucional



29 Cero Constitucional

CONCLUYE LA NECROLOGIA

del número anterior.

Juzgado por muchos años con tamaña injusticia no se sabe qué es mas de admirar en este caso, si la perseverancia del actor en seguir el sistema que habia abrazado, ó la ignorancia de los espectadores en desairarle constantemente, y en prodigar á sus débiles rivales los aplausos que aquel únicamente merecia. Solo un carácter tan altivo como el suyo y un convencimiento tan íntimo como el que tenia de su mérito pudieran haber sobrellevado con paciencia tan obstinada prevencion. A entrambas causas pueden atribuirse los maravillosos resultados que despues nos han admirado. Por ellas no se desanimó nunca Isidoro ni se separó del plan que se habia propuesto; antes bien se le vió avanzar intrépido en la nueva senda sin arredrarse con las dificultades, dando cada vez mas naturalidad á su diccion, mas verdad á su gesto, mas variedad á su accion, y mas pábulo á la animosidad de sus detractores, que no reconocian en él otro mérito que el de vestir con suma elegancia. Sin esta casualidad y la de tener una figura agradable quizá no hubiera alcanzado todo un Maiquez el particular favor de que se le sufriese por muchos años sobre las *tablas*.

En 1793 se le ajustó de sobresaliente en la misma compañía, y continuó representando en ella con igual fortuna que en los dos años anteriores. Sin embargo, ya sea porque el público empezase á distinguir su talento cómico, ó ya porque á fuerza de verle, le chocasen menos los defectos que creia reconocer en él, lo cierto es que de cuando en cuando solia arrancar algunos aplausos, particularmente en la comedia del Pastelero de Madrigal, en la

:

cual aunque no se apreciase entónces como se apreció despues, toda la delicadeza de la ejecucion de Maiquez, sorprendió con todo y se celebró aquella facilidad con que pasaba del cómico sublime al chocarrero, y de la dignidad del príncipe á la sencillez del artesano ó al descaro de un atrevido rufian.

Estas pequeñísimas ventajas, obtenidas por Isidoro á fuerza de mérito y paciencia, en la desigual lucha que sostenia contra el mal gusto de sus compatriotas, desde que empezó á representar en el teatro del Príncipe, y la escasez de *galanes* que llenasen dicha *parte*, le proporcionaron este ascenso en 1799. En el mismo año fue cuando por primera vez, y en la comedia de la real jura de Artagerges, se introdujo sobre la escena española cierta magnificencia desconocida hasta entonces, y el público aplaudió con entusiasmo los vestidos y el número prodigioso de comparsas que figuraron en tan sin par representacion. Debióse pues al nuevo galan esta innovacion, y el decoro, decencia y propiedad teatral dieron en aquella época un paso de gigante hácia el estado á que luego le vimos llegar.

Poco satisfecho, empero, con tan mezquina victoria, trató Maiquez en aquel otoño de realizar un proyecto que abrigaba en su corazon muchos años hacia, y que habia sido el constante objeto de todas sus reflexiones y fatigas. El nombre de Talma, el de Lafond y el de otros actores extrangeros; su justa celebridad, el aprecio que merecian á sus conciudadanos, y el noble orgullo de ribalizar algun dia con ellos, ó quizá de aventajar su gloria le arrastraban hácia las orillas del Sena. En la capital del mundo civilizado (1) y en

(1) París era entonces la capital del mundo civilizado, no solo por la influencia que ejercia el gobierno frances en los destinos de

el templo elevado por Melpomene y Talía á Corneille, á Racine y Moliere, era donde únicamente podia desenrollarse el Roscío español, y de donde podia volver á su patria con el prestigio suficiente para acallar á los apasionados del antiguo sistema de representacion, y atraer á su bando ademas de los inteligentes, á todos los que corren solo en pos de cualquier novedad. El conocimiento que ya tenia en parte del teatro frances, el estudio que habia hecho del nacional, y su propio convencimiento fueron los únicos estímulos que le impelieron á dejar su patria en el expresado otoño de 1799, y verificar un viaje á París á sus expensas, para lo cual tuvo que sacrificar los derechos que le asistían á su futura jubilacion, cobrando la parte que le cabia en el fondo que tenia cada teatro con aquel objeto antes de celebrarse la famosa *concordia*. Esta decision demuestra hasta la evidencia la osadía de su carácter, y la seguridad con que calculaba el resultado de su empresa, pues sin entrambas circunstancias hubiera sido difícil que otro alguno se expusiera á los peligros que le amenazaban en un pais extranjero, sin recomendacion (1), sin recur-

los demas pueblos europeos, sino por que reunia en su Museo y monumentos publicos cuanto habian producido las bellas artes de mejor y mas perfecto. Los franceses respetando estas obras maestras del gusto y de la imaginacion, tributaron á la ilustracion de su siglo los homenajes menos equívocos, y justificaron en parte sus conquistas con el buen uso que hicieron de ellas.

(1) Aunque Maíquez no contase con apoyo alguno en París cuando verificó su viaje, y fuera de este modo mucho mas admirable su atrevimiento, encontró allí varios españoles que le favorecieron particularmente, en cuyo número no podemos menos de citar á la señora condesa duquesa de Benavente que á la sazón se hallaba en dicha capital y que le dispensó la mas generosa proteccion. Lástima es, que en los últimos años de la vida de Maíquez y cuando mas necesitaba de auxilios estraños, le retirase S. E. el suyo; sea cual fuese el motivo que la obligase á ello.

sos, y del que apenas conocia la lengua. Por lo mismo no es extraño que su viaje á París llamase desde luego la atencion pública. Veíase un simple artista español infamado por las góticas leyes de su patria, despreciado por una injusta preocupacion, perseguido por la rutina, y entregado á sus propias fuerzas, atravesar penosamente la cadena de montañas que nos separaban (y entónces mas que ahora) del resto de la Europa, y buscar en Francia una nombradía para la cual habia nacido y de la que se sentia acreedor. Presagióse desde luego favorablemente el buen término de su empresa: díjose que solo el verdadero genio es emprendedor y osado, que al que no le arredra ni detiene el foso que le embaraza en su marcha, es porque se reconoce con suficiente vigor para salvarle, que aun cuando pudiera equivocarse en daño suyo le basta haber intentado el esfuerzo para justificar su atrevimiento, y en fin que si es incierta la victoria para aquel que aspira á la perfeccion, no lo es la nulidad para el que se goza en la obscura medianía. Acompañaron, pues, á Isidoro Maiquez en su peregrinacion los sinceros votos de todos los amantes del teatro y las alhagüenas esperanzas de cuantos se interesaban en la gloria nacional. Felizmente el resultado satisfizo completamente á los unos y realizó las otras.

Apenas habia llegado á París y ya escribia á sus amigos de Madrid, manifestándoles el efecto de las primeras impresiones con aquel tino que le era peculiar en todo lo que tenia relacion con el arte que profesaba. Confesoles igualmente que el estado brillante en que encontraba el teatro frances excedia á cuanto su imaginacion pudiera haberle prevenido en favor suyo. Verdad es que solo él era capaz de apreciarle dignamente y aun de juzgarle sin pasion; pues el verdadero mérito siempre indulgente, rara

vez deja de ser justo, porque nunca es envidioso. Así desde el primer día oyó con entusiasmo á Talma y habló de Lafond sin parcialidad. También admiró desde entonces la delicadeza de la inimitable Mademoiselle Mars, la dignidad de Mademoiselle George y Mademoiselle Raucourt, la energía de Mademoiselle Duchesnois, la naturalidad de Clauzel, el talento creador de Picard y las originales extravagancias de Brunet ó de Potier. Aun hizo mas: relacionóse en seguida con la mayor parte de estos artistas, para poder estudiarlos mas de cerca, y solicitó con ahínco la amistad del célebre Talma, que obtuvo y conservó toda su vida para gloria de entrambos (1).

De esta amistad y de la confianza que de ella se derivó, no solo le resultaron las ventajas incalculables que lleva siempre consigo el trato familiar con un hombre tan eminente como Talma, sino que también alcanzó la de introducirse á su sombra con los literatos y poetas que mas sobresalían entonces en aquella capital. A su lado aprendió á conocer debidamente las obras maestras de los siglos anteriores; rectificó sus ideas y pudo desenvolver con claridad las que adquiría de nuevo. Ilustrado de este modo su entendimiento, logró mejor evitar los extravíos á que está expuesto el mismo génio cuando no posee el criterio ó instruccion que se requieren para darle la justa direccion (2).

Si Maiquez, empero, se hubiera contentado con imitar servilmente los modelos que tenía delante de sus ojos, jamás hubiera alcanzado la perfeccion á

(1) También alcanzó algunos años después la amistad del famoso Kenble que tuvo la noble franqueza de confesar que el actor español aventajaba á cuantos la opinion pública designaba como sus ribales.

(2) El génio desdeña á veces el arte; pero siempre le necesita: *La Harpe introduccion al curso de literatura.*

que aspiraba. A el que imita no le imitan, dícese vulgarmente, y nada es mas cierto. Quien se ocupa enteramente en repetir los gestos, los movimientos, las inflexiones ó modulaciones de otro actor, ni puede entregarse á sus propias sensaciones, ni expresarlas acordemente. Estará siempre en contradicción consigo mismo, y como es imposible que sienta lo que aquel sentía cuando le vió representar, resultará de sus esfuerzos, no una copia, y sí una malísima caricatura.

Añádase á esto la enorme diferencia que existe entre el carácter, usos y costumbres de los dos pueblos; esto es, del francés y del español, la diferente índole de sus idiomas, el distinto mecanismo de su versificación y la desigual organización de sus respectivos teatros. ¿Qué no hiciera reir aquel que intentara trasplantar á nuestra escena los exagerados movimientos, los gritos del trágico francés cuando representa, con tanta verdad (para el público de París) los difíciles caracteres de Bruto, de Manlio ó de Neron? ¿Cuánto no padecieran nuestros oídos si se declamasen los hermosos endecasílabos de Huerta y de Quintana ó las fáciles redondillas de Lope y de Moreto con la *cesura* ó descanso que exige el hemistiquio francés, y con la monótona canturía que resulta de tan uniforme cadencia? Por cierto que no hubieran sido suficientes todos los prestigios que rodearon á nuestro Maíquez cuando regresó á Madrid, para paralizar el mal efecto que hubiera causado novedad tan contraria á la armonía y riqueza de la poesía castellana, y por eso cuantos la han querido introducir en distintas ocasiones han alcanzado únicamente silvidos y desengaños.

Pero él tenía demasiado talento para engañarse hasta este punto, y demasiado genio para no elevarse á la altura que le correspondía. Sondeó el

escollo y consiguió evitarlo. Vió, observó, comparó, juzgó, y no se dejó arrastrar ni por el entusiasmo ni por la novedad. Hizo lo que el minero con el metal precioso que arrebató á la madre tierra : separó el oro y desdenó el resto.

Nada le hace tanto honor en nuestro concepto, ni manifiesta mejor su sano juicio y su delicado gusto como esta especie de escrutinio cómico que tan felizmente llevó á cabo. Distinguió lo bueno, se aprovechó de lo útil, desechó lo que podía disgustar á sus compatriotas, llenó por sí mismo este vacío y creó por fin un nuevo sistema de representación, mas natural, mas variado y el único que convenia á espectadores españoles.

Talma en lo trágico y Clausel en lo cómico fueron con todo sus principales modelos; pero no se diga por eso que han sido sus maestros, ni que los copió con rutinera exactitud. Pudo estudiarlos mas, (y aun nosotros se lo hemos oído decir á él mismo) porque encontró sin duda en ellos mayor número de bellezas ó menor de defectos; del mismo modo que el grupo de Laocoonte ó el Apolo de Belveder fija la atención del jóven artista con preferencia á otras buenas estatuas; mas estudiar y copiar pueden ser cosas tan diferentes para este último, como lo fueron en efecto para Isidoro.

Reasumiendo, pues, lo que queda dicho, aseguraremos que el único maestro que tuvo fue la naturaleza, que le dotó de cuantos atributos constituyen un excelente cómico, y con particularidad de un temple de alma tan extraordinario, que encontraba en sí mismo la facilidad de sentir de antemano lo que tenia en seguida que expresar. Colocado naturalmente en la situación que habia ideado el poeta, nada le costaba representarla con verdad; sus mismas sensaciones le dirigian con acierto, y su gesto y su ac-

cion estaban siempre por lo tanto en perfecta armonía con su voz. Sin el viaje á París, es probable que nunca se hubiera desenrollado, porque antes ni habia visto, ni comparado, ni puesto en accion sus facultades fisicas y morales. Allí aprendió todo lo que depende de los hombres; esto es, arte y gusto; pero llevó consigo cuanto puede dar la naturaleza, y sin lo cual poco ó nada hubiera adelantado. Harta gloria les queda á los artistas franceses de haber sido la chispa eléctrica que vivificó al nuestro, sin que tambien se les quiera atribuir todo el honor de su nueva existencia.

Maiquez permaneció en París aquel año y la mayor parte del de 1800, sin salir apenas de sus teatros y ocupado enteramente en la realizacion de su plan favorito; hizo con todo una pequeña *escapada* á Madrid donde le llamaban intereses de familia. Zanjados que fueron estos en pocos dias, volvió de nuevo á París, y ya no interrumpió su antiguo método de vida, hasta que determinó regresar de una vez á su patria, para recoger en ella el fruto de sus afanes. Verificólo en efecto; llegó á Madrid; púsose á la cabeza de una compañía cómica, compuesta de jóvenes principiantes ó de meros aficionados, y con semejantes elementos abrió el teatro de los Caños del Peral y empezó á representar en junio de 1801 (1).

(1) Algunos actores como Caprara y Rafael Perez tenían ya algo adelantado, porque habian aprendido una cosicosa que se llamaba declamacion bajo los auspicios de Castellanos, y otros como Cristiani y la Gertrudis Torre habian estado en los teatros de provincia; pero á pesar de todo se puede asegurar que así éstos como los que salieron enonces por primera vez se encontraron en un terreno enteramente nuevo y desconocido para ellos, y que si despues nos han agradado tanto y con tanta justicia lo deben en gran parte á la direccion y enseñanza del inimitable Isodoro.

Sería inútil y aun imposible empeño el de describir la lisonjera acogida que mereció Isidoro á los habitantes de esta capital. Toda ponderacion fuera débil y de escasa verdad. De impresiones tan vivas, tan repentinas, tan independientes como las que produjo su primera salida nadie se hace una idea cabal ni menos la indica, sino en el momento mismo de sentirlas. El placer y la sorpresa que manifestaron los espectadores, solo pueden compararse con su entusiasmo y agradecimiento. La comedia del Celoso Confundido con que aquel se *estrenó*, fue en extremo aplaudida y perfectamente ejecutada. El nombre del principal actor voló de boca en boca; su mérito ensalzado cual debia, ni encontró detractores, ni rivales. Objeto de todas las conversaciones, lisongeado con el voto de los inteligentes, adulado con el aprecio de la muchedumbre, favorecido por el bello sexo, y protegido por el hombre que á la sazón disponia de nuestros destinos, presto se encontró Maiquez en aquel estado venturoso y nada comun en que los goces se anticipan á los deseos, y en que la realidad sobrepuja á la esperanza.

No le seguiremos en la senda de aplausos que desde entonces tuvo siempre abierta y á su disposicion. Cada paso que dió en ella puede considerarse como una victoria conseguida por el mérito, y de la que resultaba una nueva ventaja en favor del arte que ilustraba: ademas son tan conocidos los hechos y tan recientes que fuera casi inoportuno repetirlos. ¿Quien es el que no le ha visto desempeñar con igual perfeccion los caractéres mas difíciles y opuestos de la tragedia y de la comedia? ¿Quién no ha admirado en él aquella flexibilidad increíble con que naturalmente expresaba todos los afectos, todas las pasiones, todas las sensaciones humanas? ¿Quién no se ha estremecido con Oscar,

:

y horrorizado con Cain, y enternecido con Oteló, y animado con Pelayo? ¿Quién no tornó los ojos á la desvalida patria cuando Bruto clamaba libertad, ó no amó la virtud en los labios del arzobispo de Cambray, ó no quiso vengar su afrenta á semejanza del labrador del Castañar? ¿Quién fue por último el que no se reconoció en los parecidos retratos que le presentaba cada noche y que eran otros tantos cuadros animados de nuestros ridículos, de nuestros errores, de nuestras debilidades? Ah! ninguno ciertamente de cuantos asistieron al teatro en donde *trabajó* desde 1801 hasta 1818; porque no puede existir ser tan mal organizado que no ceda con gusto y facilidad á los sentimientos que inspiran verdad y naturaleza.

Pequeñas intrigas de bastidores y su genio poco sufrido le decidieron á dejar el teatro y la capital en 1803, suponiendo que no podia sostenerse aquel por la escasez de las entradas (1). Le acompañó en su romería el célebre Manuel García, y ambos recorrieron algunas provincias del reino con tanto provecho como aceptación. No tardaron mucho sin embargo en resentirse los teatros de la Corte de esta ausencia (convertida para Maiquez en destierro por orden de Godoy), y todos los *habituados* clamaron porque esta no se prolongase. En 1804 obtuvo Isidoro permiso para regresar á Madrid con el pretexto de hallarse su padre gravemente enfermo, y así que llegó alcanzó tambien el de volver á representar en los mismos Caños del Peral, como lo hizo en efecto; continuando en él hasta

(1) Aquel año incomodado Isidoro con Cristiani, trató de dejarle fuera de la compañía, y no pudiendolo conseguir porque lo protegía el Príncipe de la Paz, descuidó de tal modo el teatro que no le fué difícil alcanzar la licencia de que se habla.

1806, en que pasó con su compañía al teatro del Príncipe que se acababa de reedificar (1).

La ocupacion de la capital por los franceses en 1808, y los sucesos que inmediatamente se siguieron, si bien no influyeron en la situacion aparente de nuestro actor, no dejaron con todo de comprometerle. Su caracter independiente le hacia considerar el yugo extrangero como el mas pesado é insufrible, y su lengua siempre libre y nada precabida, encontró hartas ocasiones de manifestar el descontento que abrigaba en su pecho. Delatado al gobierno intruso como enemigo del nuevo orden de cosas que se queria establecer en España, se trató de conducirle á Francia en calidad de reo de estado; pero sus amigos lograron no tuviese efecto esta inaudita arbitrariedad; y aunque ya en camino para el lugar de su condena, alcanzaron se revocase el decreto, volviere á Madrid y continuase en el ejercicio de su profesion.

Los franceses reconocieron al punto lo que valia Maiquez y le tributaron constantemente los elogios menos equívocos. En aquellos años de miseria y disgusto general, ellos fueron los que sostuvieron su teatro, porque eran casi los únicos que concurrían y tenían con que pagar la entrada. El rey José le asignó ademas 200 rs. mensuales como ayuda de costa; y aun cuando sea creible que miras interesadas de política influyesen en esta medida, puesto que una corte sin teatros hubiera dado idea bien

(1) En el nuevo teatro del Príncipe fue donde José Maiquez excelente tramoyista y hermano de nuestro Isidoro, admiró repetidas veces al público Madrileño con las ingeniosas maquinas que inventó y construyó para el mejor servicio del mismo coliseo. Su prematura muerte acaecida á pocos dias de haber entrado los enemigos en la capital por segunda vez, fue una verdadera pérdida para la profesion que ya ilustraba.

triste de la prosperidad é ilustracion del supuesto reino, con todo no se puede negar que el mérito individual del director y primer galan de el del Príncipe contribuyó en gran parte á la concesion de aquella gracia, no siendo esta la sola prueba que le dió José de su aprecio, en las distintas épocas de su permanencia en Madrid.

Bastaron estas distinciones (debidas únicamente al actor y no al hombre) para que la opinion pública acusase de *afrancesado* al mismo que cuatro años antes se persiguió por patriota; así sucedió, que cuando las tropas enemigas evacuaron la capital, el público desertó del teatro, en que aquel representaba para asistir al de la Cruz, y solo el tiempo y los esfuerzos reunidos de la compañía abandonada pudieron al cabo disipar tan injusta y ridícula prevencion.

En mayo de 1814 tuvo Isidoro la gloria de que se le persiguiese y pusiese en la cárcel pública como liberal y adicto á las nuevas instituciones. Los enemigos de la Constitucion y del bienestar de su patria no le perdonaron jamas la vehemencia, entusiasmo y fuego patriótico con que habia representado á Roma libre, á Cayo Gracco y á Virginia. Los acentos de libertad que tan bien se expresaron en su boca y que tan enérgicamente se repitieron por las de todos los expectadores, sonaban aun en los serviles oídos de aquellos, y eran otras tantas acusaciones capitales contra el actor patriota. Un grito general de indignacion le escudó entonces sin embargo; pero si le sacaron del calabozo en que yacia para volverle al público que le echaba de menos, y á quien se queria agradar, no por eso se reconciliaron con él ni dieron nunca al olvido la causa de su persecucion.

En 1817 habiéndose indispuerto con sus compa-

ñeros, se separó del teatro y pasó á Córdoba con el marqués de Vega Armijo, en cuya casa permaneció algunos meses, y á quien debió particular estimacion.

En el año siguiente trató de volver á representar, y para conseguirlo mejor y quizá para vengarse de algunos actores de su compañía (de quienes estaba resentido) presentó al corregidor Arjona un nuevo reglamento que aprobado por el Rey, y puesto en ejecución fue la causa primordial de todas las desgracias que en seguida le acometieron y llevaron al sepulcro.

Las compañías cómicas de Madrid conservaban (gracias á un ilustrado auto del Consejo de Castilla) cierta independencia en su administración interior y manejo de intereses que aseguraba su reposo y prosperidad. La autoridad municipal influía únicamente en la formación de aquellas y en la *policia* exterior de la representación. El autor y los actores que eran unos verdaderos accionistas, cuidaban del resto. Por el nuevo reglamento sucedía lo contrario: el juez protector de teatros podía mezclarse en todos los partidos, las jubilaciones, las viudedades, las disputas interiores, la distribución de fondos, la intervención en su manejo, y hasta la censura de piezas y repartición de papeles eran de su atribución; y sobre tales bases se estableció el despotismo teatral mas escandaloso que jamás se ha visto. Maiquez creyó sin duda que de este modo sujetaría con mas facilidad á sus compañeros; pero no calculó que se ponía él mismo á merced de quien podía abusar alguna vez de su ilimitada autoridad, tanto en perjuicio ageno como en el suyo propio, y por desgracia no tardó en verificar su falta de prevision.

El deplorable estado de sus intereses pecuniarios y el deseo de satisfacer algunas deudas que le inco-

modaban y habia contraido en el año anterior, le obligaron á trabajar de su cuenta todo el mes de julio, y el público de Madrid logró por esta casualidad la satisfaccion de ver representadas en breves dias y sin intermision una gran parte de las obras maestras que habia admirado en el espacio de tantos años consecutivos. Pero este esfuerzo extraordinario, que se puede llamar su última *despedida del teatro*, acabó de arruinar su quebrantada salud, precipitando el momento fatal en que tenia que pronunciarse la extraña enfermedad que le consumia oculta y lentamente. Isidoro mismo se quejaba de un ruido sordo que sentía en el pecho hacia algun tiempo, y que unas veces atribuia á cansancio del pulmon y otras á exceso de bilis. Llamábale con sumo gracejo, *su gato*, y era el constante objeto de su conversacion y cabilaciones. Tambien lo era de la inocente burla de sus amigos que le conocian en extremo aprensivo, y le embromaban en consecuencia sobre síntoma tan inaudito. La experiencia demostró, por desgracia, que existía realmente el efecto aunque se desconociera la causa, y justificó los temores del enfermo.

Este continuó todavía trabajando algunos meses á pesar de sus achaques, mas por consideracion al público y á sus compañeros, con quienes se habia reconciliado cordialmente, que no porque se hallase en estado de hacerlo. Cada dia se encontraba mas débil. Una noche se empeñó en hacer la Numancia. En vano se trató de disuadirle, y se le observó que aquella tragedia exigia de su parte esfuerzos demasiado peligrosos. Nada le convenció: realizó su idea y representó por la postrera vez.

Una aguda y penosa enfermedad que desde luego se pronosticó mortal, y que se declaró aquella misma noche, le puso presto en el borde del sepul-

cro. Agotáronse en alivio suyo cuantos recursos prestaba el arte de Esculapio. El inteligente Arrieta, el afectuoso Faura, y los demas facultativos que le asistieron, rivalizaron en acierto y zelo. Su familia, compañeros y amigos le cuidaron inseparables y cariñosos. El público manifestó francamente el interés que le inspiraba su situación. Parecía que el peligro de perderle para siempre avivaba en todos el aprecio que le debían. Semejante reunion de votos y de desvelos merecía ciertamente ser coronada con un dichoso desenlace. Hubo momentos en que se creyó asegurado, el triunfo y en que se le consideró fuera de riesgo. Ya se levantaba, ya salía á la calle con algunas precauciones, ya pensaba en trabajar de nuevo, y se complacía en anunciar que empezaria con el *Jugador*, en obsequio de la amistad que le unía con su autor; ya en fin iban á cumplirse los deseos de todos sus ilustrados compatriotas, cuando un disgusto doméstico vino á detener su convalecencia, y una tropelia pública á inutilizarla y á cometer en su persona un verdadero asesinato, si se atiende á su estado y circunstancias.

Permítasenos que nada digamos sobre el primero por consideraciones muy conocidas, y tambien por respeto á la memoria misma del desgraciado Maiquez. Solo apuntaremos ligeramente la causa y efectos de la segunda, para desempeñar el objeto que nos hemos propuesto, aunque sin acritud ni encono. No quisiéramos, á la verdad, que un resentimiento harto justo envenenase las últimas líneas que le consagramos, y que únicamente deben respirar ternura y dolor: demasiadas veces nos habrá ya vengado el remordimiento de sus asesinos. Un grito de una conciencia delincuente satisface con usura á los que seconsideran ofendidos, sin que por eso indemnice á los ofensores.

El corregidor Arjona, indispueto de anteniano

con Maiquez sin motivo conocido, y queriendo hacer justicia á las reclamaciones del actor Prieto (1), que se quejaba del trabajo que agobiaba sus fuerzas, *providenció* saliese Isidoro á llenar su parte en el teatro del príncipe, concediéndole al efecto un término breve y perentorio. Isidoro contestó con las certificaciones de sus facultativos que se lo prohibían. El juez insistió con otro auto, y hallando igual resistencia en el súbdito enfermo, mandole arrestar, dió parte al ministro Lozano de Torres, y este al Rey. En vano el *supuesto reo de desobediencia* representó que obedecería, y que solo necesitaba seis ó siete dias de tiempo para ensayar las piezas que tenia que ejecutar: no se le oyó; y veinte y cuatro horas despues de haber representado *bajó* una real orden que le jubilaba y desterraba á Ciudad-Real.

Esta sentencia que no admitia reclamacion alguna, fue llevada á debido efecto; y con una escolta de caballería y en un carruage que se le hizo pagar, teniendo antes la bondad de ajustarle en su nombre, salió para su destierro en la madrugada del dia siguiente, acompañado de dos criados, y dejando á sus admiradores entregados al mas profundo sentimiento, y á sus compañeros en una verdadera orfandad.

En Ciudad-Real tuvo al pronto una aparente mejoría; pero no tardo en recaer peligrosamente, y en cerciorarse de que aquel clima no le convenia. Solicitó, pues, y consiguió permiso para pasar á Granada, donde esperaba recobrar la perdida salud, á favor de su hermoso cielo y temperatura;

(1) Prieto vino á Madrid porque así lo exigió Maiquez cuando se formó la compañía en la Cuaresma anterior, y sin embargo de esto se le puede considerar como uno de los resortes que se pusieron en accion para comprometer y arruinar á su maestro. No sabemos ni nos importa saber si tenia ó no razon para haberse enemistado con Maiquez; pero si afirmaremos que el agradecimiento no es su virtud favorita.

pero ya era tarde: llevaba consigo la herida mortal que destruía su existencia; y así en vez de hallar en aquella ciudad vida y aplausos, encontró solo muerte y eterno descanso. Isidoro Maiquez falleció en Granada el diez y siete de marzo de 1820, y aquel que tanto había sido celebrado y tanto había contribuido á la gloria é ilustracion nacional, á penas tuvo quien le cerrase los ojos, y debió únicamente á la caridad cristiana el estrecho sitio en que yace pobre y olvidado. Dejó una hija en edad bien tierna y por la que nada se ha hecho. Dejó tambien un nombre ilustre que ningun monumento público ha perpetuado todavía. ¿Permitirá su patria que lo borre el tiempo de la fragil memoria de los hombres con menoscabo de su propia fama? ¿Consentirá el gobierno que el único y abandonado bástago de aquel famoso tronco perezca y acuse muriendo la ingratitud del suelo que este adornó? ¿Y los amigos, y los discípulos del inmortal Isidoro, serán insensibles á la pérdida que nunca sentirán bastante? Parece imposible, y si acaso sucede diremos que sus contemporáneos ni le merecieron ni le saben llorar. Añadiremos que el pueblo que no agradece á los que tan bien le sirven, jamas debe esperar que adquirirá con el tiempo la nombradía que él mismo niega á sus individuos, y tambien afirmaremos que Garrick está sepultado junto á los reyes de Inglaterra, y que Garrick no reunió quizá á su mérito los sacrificios y privaciones que Maiquez ofreció repetidas veces sobre el altar de la patria. Aquel con todo vivirá eternamente en Wersminster, y este....era español y no es extraño que se le olvide en el cementerio de Granada (1).

(1) Sería de desear que cada compañía cómica del reino hiciese una representación, y que su producto y el de una subscripcion

que se abriese con igual objeto, fuese destinado á elevar un monumento digno de Maiquez y de la nacion generosa que tanta parte tuvo en su gloria. Podiáse grabar en su pedestal el soneto que á continuacion insertamos, y que uniria para siempre los inmortales nombres de Moratin y de Maiquez, del mismo modo que sus contemporáneos han unido el del regenerador del teatro español con el del primer actor de su siglo.

A LA MUERTE

DE ISIDORO MAIQUEZ.

SONETO.

Tú solo el arte adivinar supiste
que los afectos acalora, y calma;
tú la virtud robustecer del alma,
que al oro, al hierro, á la opresion resiste.

Inimitable actor, que mereciste,
entre los tuyos la primera palma,
y rival digno del honor de Talma
la admiracion del mundo dividiste

¿A quién dejaste sucesor, muriendo?
¿de quién ha de esperar gloria y decoro?
la escena que te pierde, y abandonas?

Así dijo Melpómene, y vertiendo
lágrimas, en la tumba de Isidoro
cetros depone, y púrpura y coronas:

I. G.

EL FANATISMO.

*Flectore si nequeo Superos, Acheronta
movebo. VIRGILIO.*

¡Hasta cuándo ha de ser el género humano patrimonio exclusivo de un centenar de individuos! ¡Hasta cuándo ha de servir la religion de pretexto al crimen y de ocasion al mal! ¡Hasta cuándo ha de sufrir el autor de la paz y de la mansedumbre, que se invoque su nombre para la discordia, el esterminio y la desolacion! Nada mas conforme á la naturaleza que la ley de Dios; y nada mas contrario á una y otra que la conducta de la mayor parte de los Ministros de Jesucristo, y de los sucesores de los Apóstoles. En todas partes nace el hombre libre, y por todas partes se le ve esclavo de la ignorancia y la supersticion: unidas ambas en alianza ofensiva y defensiva, parece que han proclamado en sus fatídicos consejos el imperio perpétuo del mal y del desórden, y que el universo abandonado por la Providencia va á ser destruido por las potencias invisibles que la audacia de pocos ha engendrado á favor del temor y la estupidez de la multitud.

En vano intentará la filosofia ilustrar á los pueblos sobre sus derechos y sus deberes. Siglos enteros de errores y de fábulas amontonados unos sobre otros por el fanatismo y la ambicion, han llegado ya á santificar las tenebrosas tradiciones de la impostura, y han hecho que la verdad se estremezca y huya á la vista de tantas ceremonias, de tantos usos y de tantos monumentos destinados á perpetuar las

preocupaciones del orgullo y los efímeros conatos de la vanidad de las naciones. No hay una sola que pueda ya descubrir su origen por entre la maleza impenetrable de las contradicciones con que la superstición ha procurado desfigurar la historia para establecer su imperio sobre la ignorancia y la mentira; y al volver el hombre la vista en derredor de la tierra que ve regada con sus lágrimas y manchada con su sangre, no puede menos de levantar al cielo sus ojos para pedirle venganza de los que le afligen y persiguen por todas partes en nombre de la divinidad.

¿Por qué han de ser tan ponzoñosos los frutos del árbol saludable cuya semilla nos fue enviada por el Criador para nuestra conservacion y felicidad..... Pero ¡ah! que todo es bueno y perfecto al salir de las manos del Omnipotente, y todo se corrompe y se pervierte en las del hombre soberbio y ambicioso. El atentado de Lucifer contra la soberanía celeste no fue mas execrable que el que cometen contra la soberanía de las naciones los que pretenden esclavizarlas, profanando con imprudente sacrilegio la mision divina que les fue conferida para mantener la libertad y libre alvedrio de sus semejantes. Pero era llegado el tiempo en que Dios se levantase para juzgar su causa, y vindicar á sus criaturas de los insultos que en ellas á sufrido su justicia y su omnipotencia.

Y cuál es el arma que el autor de la naturaleza ha dejado al hombre para defenderse del monstruo horrendo, nacido del nefando consorcio del fanatismo y la ignorancia? La razon: esa emanacion inmediata de la divina esencia es la única que puede aterrar y contener la ferocidad del implacable enemigo de la verdad y la sabiduría. Ella sola es la que puede evitar que los hombres sean necios y malva-

dos. Desde que la antorcha inextinguible de la verdad se deje ver en medio de los pueblos y los gobiernos, será libre y feliz la especie humana.

Para hacer odiosa y formidable á la supersticion basta solo describirla ; Quién pudiera borrar de la historia las sangrientas páginas en que estan consignados los horrorosos atentados del fanatismo ! Mas el deber de combatir el error que va á inundar de sangre á nuestra patria, nos obliga á renovar tan indecible dolor, y aunque el ánimo se horrorize con tales recuerdos y la pluma rehuya al escribirlo ; preciso es que digamos en resumen á nuestros compatriotas lo que sufrió la Europa desde que la ambicion y la tiranía corrompieron el sentido de los sagrados libros, y quisieron poner sobre el estado á los administradores de la doctrina del que vino al Mundo á obedecer y no á quebrantar las leyes que él mismo inspiró á los hombres para establecer la paz y la justicia sobre la tierra.

Pero antes será bien que veamos á este mismo hombre libre del ominoso influjo del fanatismo, gozando en paz de los bienes de la naturaleza, cubrir la tierra de mieses y de edificios, y los mares de bajeles que llevaban de uno en otro emporio la prosperidad y la abundancia. Hablen pues los remotos siglos en que tantos pueblos del Asia vivieron y dejaron monumentos de su gloria y su grandeza que no pueden igualar todos los esfuerzos de la fanatizada Europa. Digan lo que fueron los asirios en las orillas del Tigris, los caldeos en las del Eufrates y los persas señores desde el Indo al Mediterraneo. Recuerden su origen y su esplendor los reinos de Damasco, de Jerusalem y de Samaria, los bélicos filisteos y las repúblicas industriosas de Fenicia. Obs-
tente la despoblada Siria sus cien populosas ciudades, sus risueñas campiñas sembradas de aldeas y al-

querías, y sus caminos hallados por tantas gentes, en medio de una labranza animada y permanente. ¿Dónde estan estos tiempos de holganza y de vida? ¿Dónde tantas y tan brillantes creaciones de la industria y del saber humano? ¿Qué se hicieron los baluartes de Ninive, los muros de Babilonia, los palacios de Persépolis, los templos de Balbick y de Salem, las flotas de Tiro, los astilleros de Arad, y los talleres de Sidon? ¿Por qué no existe ya aquella innumerable multitud de marineros, de pilotos, de mercaderes y de artistas? ¿En qué consiste que no se vean los labradores, las cosechas, los ganados y toda la creacion de seres vivientes que vivificaban y llenaban de orgullo aquella tierra tan árida, ahora y espantosa?

Cuando estas regiones gozaban de todo lo que constituye la gloria y la dicha del género humano, eran sus habitantes pueblos infieles é idólatras. Allí vivia el fenicio, sacrificador homicida de Molock y depositario de las riquezas de todos los climas. Allí el Caldeo prosternado ante un dragon, subyugaba las opulentas ciudades y saqueaba los palacios de los reyes y los templos de los dioses: el Persa adorador del fuego, establecido en medio de estas naciones, recogia los tributos de todas ellas; y los habitantes de Hiliópolis elevaban al sol suntuosos monumentos de opulencia y de lujo. Numerosos rebaños, fértiles campiñas, mieses abundantes, tesoros inmensos, y todo cuanto parece que debe ser el precio de la piedad y de las bendiciones del cielo, era entonces el patrimonio de estos impios.

Y ahora que las generaciones santas de los verdaderos creyentes ocupan aquellos mismos paises, todo es en ellos soledad y aridez. La tierra en poder de este pueblo bendito, solo produce abrojos y espinas: el hombre siembra en la agonía para segar

en el dolor y las lágrimas : la guerra , la hambre y la peste le asaltan por todas partes..... ¿ Y qué no son estos los hijos de los profetas ? ¿ El judío , el cristiano y el musulman , no disputan entre sí la prerogativa de ser el pueblo elegido de Dios y protegido por él á fuerza de milagros y beneficios ? ¿ Por qué se halla , pues , destituida de su antigua excelencia esta tierra santificada con la sangre de tantos mártires ? ¿ Por qué se halla como desterrada de ella para siempre , y transportada á otros lugares la abundancia y la fertilidad ?

Sigamos, pues, en pos de la piedad los anales de los pueblos, para ver si hallamos donde descansar de los turbulentos extragos del fanatismo... ¡ Pero ah! que el Occidente no es tampoco la region de la paz y la union, que debia ser el inmediato resultado de la inspiración divina que llevó al hombre hácia la sociedad. Espantosas revoluciones van á ser precursoras del reinado de la justicia y de la sólido moral. La tiranía establecida sobre las ruinas de la libertad republicana : la crueldad y la ambición de los Neronés y Calígulas : las irrupciones de los bárbaros del Norte, que despedazaron el gran Imperio : las sublevaciones de mil provincias : la desolacion y el exterminio de millones de hombres, preparaban los espíritus del Mediodia de la Europa á recibir el cambio de opiniones religiosas que habia promovido la política. La ilustracion no veia en el carcomido y decrepito paganismo otra cosa que las fábulas de su infancia, la ridícula y maliciosa ineptitud de sus dioses, la avaricia de sus ministros, y la bajeza y los vicios de los reyes que sostenian á unos y otros. El pueblo que no hallaba mas que tiranos sobre la tierra, buscaba contra ellos auxilio y protección en el cielo.

Una religion que consolase y enseñase á sufrir

y tolerar en esta vida para gozar en la otra, era la única capaz de hacer prosélitos en el estado de asiedad y de desorden en que se hallaba entonces el Occidente y Mediodía de la Europa; y esta era la base de la moral del cristianísimo, que nacido en medio de las calamidades públicas, debía dar á los que lo enseñaban y predicaban un gran ascendiente sobre todos aquellos que se acogían á su seno, para hallar al menos en los bienes eternos algo que les ayudase á sobrellevar los males temporales. Así puede decirse que empezó el abuso del poder espiritual casi al mismo tiempo que el establecimiento del Evangelio, y que la intolerancia y la persecucion fueron el resultado inmediato de la doctrina revelada, para el consuelo y la fraternidad de las naciones.

¿Qué rápido y que pasajero fue para el género humano el periodo de edificacion y de consuelo que le prometia la mas sencilla, la mas augusta y la mas consoladora de todas las religiones! En vano procuró la sólida piedad, la moral severa y la ardiente caridad de los primeros cristianos establecer el culto del verdadero Dios segun su divina y adorable voluntad. Vanas disputas en que el amor propio usurpaba de ordinario el lugar á la piedad, vinieron desde luego á provocar la funesta lucha de mil pasiones que la supersticion procuró honrar y encubrir con el nombre de zelo: estas disensiones crearon las escuelas, los doctores, los tribunales y el cristianísimo, que empezó por unos pescadores que no sabian mas que el Evangelio, vino á concluirse por los obispos que establecieron la iglesia sobre el estado.

¿Y que hacian entre tanto los príncipes? Perseguir unos y tolerar otros una nueva moral que no hacia aun á su poder sombra bastante para

causarles temor ó emulacion, hasta que hubo uno que viéndose con muchos crímenes que expiar, y con mil flaquezas que encubrir, abrazó una religion, que segun él, lo perdonaba todo á su conversion y á su zelo, y á la cual quiso darlo todo para librarse de sus continuos y penetrantes remordimientos. Constantino cree aplacar la cólera del cielo corrompiendo la austeridad y sencillez del cristianismo que acababa de abrazar, mas por temor que por convencimiento, y extraviado por la supersticion establece un despotismo eclesiástico, desconocido en las instituciones de los pueblos.

Desde entonces creyó la Iglesia que podia usar del hierro y el fuego, para que fuese cumplida la propuesta que le hizo su Divino Autor, de que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno: ¡cómo si el poder humano pudiera servir de algo en los cálculos de la sabiduría omnipotente! Una profunda ignorancia era el apoyo de esta execrable profanacion, y los suplicios sofocaron por todas partes los esfuerzos que de cuando en cuando hacian la razon y la piedad para sacar al género humano del espantoso caos á que lo habia conducido el fanatismo para devorarlo á mansalva. La sangre del hombre corre en torrentes, sacrificada en las aras de la intolerancia al Dios de paz y de misericordia, que en nada manifestó tanto el amor á sus criaturas, como en no haber exterminado al género humano antes que consumase tan horrendo atentado contra la divinidad.

Roma edificada por Rómulo, cuna de la liberal, metrópoli del mundo y teatro de toda la opulencia y ostentacion del paganismo, no basta ya á los sucesores del humilde pescador de Galilea, que no encuentran mejor morada para establecer el centro invisible de la opresion y la servidumbre que

:

el mismo Capitolio, donde los Brutos, los Cicero-
nes y los Hortensios alzaron su voz por la liber-
tad, y derramaron por ella la sangre de los tiranos.
Los reinos y los imperios se hacen feudatarios de la
tiara, y proclamada por máxima fundamental de la
política la confusion de poderes, llega el tiempo en
que no saben los pueblos á quién obedecer en la tier-
ra, y á quién adorar en el cielo.

Por una ley natural de la creacion debia venir
de Oriente á Occidente la luz que habia de disipar
las tinieblas del fanatismo: una sola palabra del
símbolo de Nicea separa de la Latina á la Iglesia
Griega, é inunda de sangre el Asia y la Europa.
Los griegos católicos bajo Constantino: arrianos
bajo su hijo: reconciliados por Joviano y Valentiniano:
eutichianos bajo Teodosio II, indecisos sobre los tres artículos
bajo Juliano: monothelitas bajo Heraclio: iconoclastas bajo Constantino Copró-
nimo: ortodoxos bajo Teodora; y cismáticos por último bajo Miguel el tartamudo; al paso que acre-
ditan su natural inestabilidad, producen con el cho-
que de opiniones la luz de la sana doctrina. Las obras
maestras de la antigüedad, escritas en la lengua de
los Sócrates y los Platones por las plumas de los
Crisóstomos y Ciprianos promueven el gusto de los
buenos estudios: recobra la razon alguna parte de
sus usurpados derechos: la historia descubre la im-
postura de las falsas decretales: los anales de la Igle-
sia se ilustran con la crítica: los ilegales títulos de la
corte de Roma son revocados en duda; y el poder
espiritual que amenazaba sojuzgar el universo tiene
que capitular de nuevo con los gobiernos temporales.

El fanatismo desenmascarado gana en astucia
todo lo que pierde en furor é insolencia; y si antes
fue el dogma el pretexto para conmover é incen-
diar el mundo, ahora es la gerarquía la que di-

vide las naciones. Los concilios en que los obispos se juntaban para santificar las almas se convierten en parlamentos y congresos civiles, donde los soberanos se presentan de rodillas á recibir el poder absoluto que habia de venir á estorvar la frecuencia de estas sagradas asambleas en beneficio del despotismo pontifical y detrimento de la verdadera disciplina de la Iglesia. El monaquismo corrompido y degenerado de su abstraída y contemplativa institucion, se declara milicia auxiliar de los papas: los obispos exasperados con la audacia de los legados de Roma y de los frailes, auxiliados por los magistrados seculares quieren atentar por su parte contra la jurisdiccion civil: la Europa entera va á ser el patrimonio de los que renunciaron á todo; y si la máxima saludable de que *el cristianismo aborrece la sangre* no hubiera impedido á sus sacerdotes levantar por sí mismos las horcas y los cadahalsos, es casi evidente que gemiríamos ahora bajo la mas dura é insoportable teocrácia.

Entre tanto un nuevo profeta conmovia las errantes hordas de los árabes, al paso que el cristianismo procuraba suavizar la ferocidad septentrional que habia sojuzgado al Mediodia de la Europa. Mahoma, profeta, legislador y caudillo, extiende su religion y sus conquistas de las fronteras de la India al estrecho de Gibraltar, desde donde ve y ambiciona las riquezas de la España dividida y asolada por el ambicioso fanatismo del clero, y la flaqueza y el desórden de los últimos reyes godos. Una sola batalla establece el Alcoran desde Tarifa hasta Covadonga, y pone el cristianismo en tal estado de corrupcion y abatimiento, que solo la promesa de su Divino Autor pudo hacerlo superior al desórden y al descrédito á que lo condujeron sus mismos ministros. Mas apenas se ven éstos libres de la do-

minacion agarena, echan mano de la religion para vengar en sus vencidos enemigos los males con que ellos mismos habian provocado la cólera del cielo.

He aquí el origen del horroroso tribunal que despobló la España, ahuyentó la industria, dejó desiertos los campos, y separó con una barrera de fuego á esta nacion de las demas del continente. La Inquisicion, establecimiento insultante al espíritu del Evangelio, detestable para los reyes cuya soberanía osó amenazar y reprender, para los obispos á quienes usurpó la jurisdiccion, para los magistrados despojados por él de la autoridad legítima, y para los súbditos oprimidos, aterrados y reducidos á la estupidez, á la esclavitud y al silencio. La Inquisicion execrada y proscripta en toda la Europa, conserva su proditoria y sangrienta duracion sólo en los países en donde el despotismo quiso con una política sacrilega y suspicaz eternizar el prestigio de ciertas prerogativas, que no podian existir si hubiese sido permitido discutir las y analizarlas.

Tantos materiales de angustia y de discordia acinados por la audacia del fanatismo, hacian ya precisa una explosion formidable por donde respirase el volcán que ardía comprinido y encubierto. Un fraile (1) mas atrevido que prudente, substrahe la Alemania del yugo romano, con escándalo de la Iglesia. Un canónigo (2) separa algunas provincias de Francia: la Inglaterra gobernada por un rey teólogo, enamorado de una muger liviana (3), convierte en furor inaplacable la ciega obediencia con que estuvo siempre sometida á las disposiciones del Vaticano; y si otros soberanos no hicieron lo mismo

(1) Luthero.

(2) Calvino.

(3) Henriqué VIII y Ana de Boulén ó Bolena.

fue porque conocieron que sin el poder espiritual no podian mantener la sumision ciega y servil, que la curia romana ha predicado siempre, mas por su interes temporal que por el de la religion de Jesu-cristo.

Asi fue trastornada y destruida la Europa y el Asia, desde Constantino hasta Gregorio VIII, y desde el pontificado de éste hasta el reinado de Carlos V de Austria por las sanguinarias querellas entre el sacerdocio y el imperio; y desde entonces hasta la paz de Westphalia las disputas teológicas han desolado la Alemania y la Francia, donde Enrique IV es asesinado por un jesuita fanático, no obstante su adjuracion, como lo habia sido Enrique III á pesar de sus letanías y procesiones. La liga de Cambray, la san Bartolomé, las Vísperas Sicilianas, las Barricadas y otras matanzas de esta especie, en que se degollaron en nombre de Dios los hijos sacados del yerto seno de las asesinadas madres, son los monumentos que recuerdan á la presente generacion lo que hizo el fanatismo cuando usurpó la cátedra de san Pedro ayudado de los frailes, de la Inquisicion, de los tesoros de la América y de la ambicion de Felipe II de Austria, cristiano por conveniencia y tirano por temperamento, asesino de su hijo y fundador del monasterio de san Lorenzo del Escorial, desde donde parece que quieren aun los monges oponerse á que la España sea libre y constitucional.

Tal es la felicidad social que han disfrutado los pueblos esclavizados por el despotismo y la supersticion. Su ignorancia y apatía han sido los únicos titulos de sus tiranos. Los astutos pedagogos del género humano, tratándolo como á un rapaz, han querido conducirlo por el temor de las potencias invisibles y por el espanto de las brujas y los duen-

des. Ya es demasiado adulto; y ya es tiempo de que sepa que la verdad es el estado de perfeccion del ente racional, y que toda la felicidad del hombre sobre la tierra está cifrada en el buen uso de la razon que nos fue dada para el bien, sin que en las meras obras de nuestra flaqueza y depravacion atribuyamos á la eterna sabiduría otra intervencion que la que corresponde á sus inefablès y grandiosos designios.

La moral deducida de la naturaleza y de la organizacion del hombre, es una ciencia de exactitud y de demostracion. El Evangelio revelado para ilustrarla, no ha menester el apoyo de las sutilezas escolásticas que no hacen mas que obscurecerla; y la política apoyada en la moral de la religion necesita estar independiente en el orden civil, para que se cumpla la parte de la ley natural y divina que nos manda no dañar á nuestros semejantes, y dar al Cesar lo que es del Cesar. A esta toca regir y gobernar, como á aquella santificar y bendecir: la mano que tiene el incensario no debe osar jamas tocar al cetro sin que se confunda y destruya la armonía de los gobiernos. La Iglesia está subordinada al estado que protege la religion por las leyes sabias y justas, y es el que debe marcar los límites á la potestad espiritual. El es el que tiene el ejercicio de la soberanía en los pueblos y la inspeccion sobre todo lo que se oponga á sus derechos inalienables é imprescriptibles. La salud del pueblo es la suprema ley del estado bajo todos respectos.

Por eso es que tiene una autoridad indisputable sobre todo aquello en que la disciplina eclesiástica haya de rozarse con las instituciones civiles, y una fuerza irresistible para oponerse á que el abuso espiritual procure santificar lo que se oponga á las costumbres lícitas y á las opiniones recibidas, á lo que

propenda á entibiar el patriotismo y la energía nacional: á lo que induzca desafecto á la industria y á las ocupaciones activas y laboriosas: á lo que haga onerosos y difíciles los matrimonios: á lo que separe á los ciudadanos de los negocios públicos: á lo que impida la poblacion y la sociabilidad: á lo que inspire fanatismo é intolerancia absoluta: á lo que induzca discordia y desunion entre los prójimos, entre las familias, entre las ciudades y entre las provincias de un mismo reino: á lo que disminuya directa ni indirectamente el respeto debido á la soberanía nacional, á sus representantes, á los príncipes y á los magistrados; y por último á que no se prediquen y propaguen máximas antisociales y anti-evangélicas que inspiren una austeridad intolerante y sanguinaria, ni se promuevan asociaciones capaces de producir entusiastas y fanáticos que asesinen á los reyes y turben la paz de las naciones.

Trazado está el bosquejo histórico del fanatismo segun lo que arroja de sí la historia desde el reinado de Augusto hasta el de Bonaparte. Si es cierto lo que hemos dicho en defensa de la soberanía y de la libertad civil de los pueblos, sin agravio del dogma sagrado á cuya creencia pertenecemos, nada tenemos de la piedad sólida é ilustrada. *Causa que sit vidis; nunc quid agendum sit considerate* es lo que nos queda que decir con Ciceron (1) á los que tienen ahora en su mano los destinos del pueblo español. ¡Ojalá que su conducta sea tal que no justifique la imprecacion que sirve de épigrafe á este discurso; y ojalá que su autor sea la única víctima sacrificada á la felicidad de la patria por el furor insano que la amenaza.

CORRESPONDENCIA

entre un liberal que no quiere ser empleado, y un empleado liberal que trata de conservar su empleo.

CARTA SEGUNDA

Del empleado liberal á su amigo.

¿Lo ve vmd. carísimo amigo? ¿Ve vmd. como poquito á poco se va á léjos, y como no es bueno precipitar las cosas para que se cojan á deseo y gusten luego mucho más que lo que hubieran gustado á su debido tiempo, aunque no aprovechen tanto como entonces hubieran aprovechado? ¿Ve vmd. cómo el ministerio empieza ya á volver en sí de su pasado letargo, y coloca de cuando en cuando algun patriota, y los acaricia siempre que los necesita, y cuenta con ellos para todo lo que puede comprometerlos y arriesgarlos? ¿Ve vmd. en fin como vmds. no tenían razon y como son unos exaltados que se empeñan en que todo ha de ir á pedir de boca y del modo que pudiera ir? Pues no señor, no será así por salud que Dios le dé á S. E. y por mas que vmds. se empeñen en que el perro ha de rabiarse, repitiendo de Sol á Sol su acostumbrada cantilena, *de esto no marcha*. Ya se ve que no marcha: y bien ¿qué tenemos? Sino marcha ahora marchará despues, con que asi..... Setecientos años (por la parte más corta) costó arrojar de España á los moros y yo no digo que cueste otros setecientos el cimentar la Constitucion ni le permita Jesus Sacramentado, porque entonees se cobrarían muy mal las contribuciones, y se pagarian mucho peor los sueldos; pero como el asunto es no disgustar á nadie, esto es, á ningun servil, y evitar que tomen alas los que se precian de liberales, es forzoso irse

con pie de plomo y ... vamos, es forzoso que viva la gallina aunque sea con su pepita... me entiende vmd.?

Agradezco infinito la noticia que vmd. me da acerca de los nuevos capitanes generales y demas empleados. Justo era que viésemos al frente de estas provincias y en destinos de tanta importancia á personas que tanto se han pronunciado en favor de la buena causa, no porque haya nada que temer ni prevenir, pues gracias á Dios y á la firmeza de nuestros gobernantes, la nacion está como una balsa de aceite, y pobre del que chiste, sino porque callen vmds. y nos dejen disfrutar en paz y sin zozobra los 15, los 30 ó los 40^{os} del pico. Y no me salga vmd. ahora con que si se trama en Burgos y se urde en Madrid, y se maquina en Avila, y se alborota en Asturias, y se grita en Valencia, y se amenaza en Cádiz, y en fin si se conspira en casi todos los pueblos de la Península contra el sistema constitucional, porque mire vmd. si lo sabra el señor Ministro de la Gobernacion, y no por eso cree comprometida de ningun modo nuestra tranquilidad. Ademias, si hay alguno que diga esta boca es mia; se va y se le coge y se le da garrote, ó nose le da, y punto concluido.

Lo que sí desearia es que vmd. me pusiese un poco al corriente de eso de Tropau, pues segun las voces que corren por aquí, parece que los príncipes del Norte se han disgustado infinito con la reforma de nuestros monacales, y no sera extraño que á fuer de cristianos viejos tomen su demanda y nos armen una que nos dé que rascar. Así por lo menos nos lo aseguraba anoche en la tertulia de la sangre azul un canónigo de esta santa Iglesia, á quien se lo escribe desde Madrid un subalterno del extinguido Consejo de Castilla, que lo sabe por un padre grave de no sé que convento, y á quien se lo dijo en confianza uno de los barrenderos mas antiguos de

A:— 12771. 12

Palacio. Ya ve vmd. que esto no se llama beber en pilon, y que aunque no lo refiera todavia la Gaceta, puede considerarse la noticia como semi-oficial. Con todo, no me asusto por eso, que si fuera positiva, buenas narices hay en la secretaría de Estado para dejarla de olfatear. Y aunque estuviesen por casualidad resfriados todos sus individuos tampoco importa, pues nos coge ya prevenidos y alerta, y lo mismo ni mas ni menos que cuando nos invadieron los franceses.

¿Qué me cuenta vmd. de ese alistamiento de la milicia nacional que con tanta actividad se lleva á cabo? Supongo que habrá en Madrid y su provincia 500 milicianos armados y dispuestos á defender la Constitucion que hemos jurado? Ya pasó si no me equivoco el plazo de los cuarenta dias que señala el reglamento; y asi buen cuidado habrán tenido los ayuntamientos de que no se les coja en este renuncio.

Mucho me gusta que el espíritu público se haya pronunciado en la capital del reino del modo enérgico que vmd. me indica. Bueno es que encuentre el gobierno semejante apoyo en sus apuros, para que continúe obrando con la misma confianza y sensatez que lo ha hecho hasta el dia de la fecha.

Tambien en esta ciudad se nota palpablemente una gran mejoría en la opinion política de sus habitantes. Ya no se cuentan en ella otros enemigos de la Constitucion que aquellos que ya se contaban á fines del mes pasado; con la añadidura de dos empleados cesantes que desde entonces se han separado de sus destinos, y han reforzado el bando contrario; pero para eso tenemos á favor del nuestro los dos recién nombrados que han venido en su lugar, y que son unos acérrimos liberales desde que se les comunicó la real orden de su nombramiento; con que así váyase lo uno por lo otro.

Agur amigo mio: páselo vmd. bien, y mande á su afectísimo. — A.

[The page contains several paragraphs of text, which are extremely faded and illegible. The text appears to be organized into a list or series of entries, possibly a table of contents or a catalog. The entries are separated by lines and some have indented beginnings. Due to the poor quality of the scan, no specific words or numbers can be transcribed.]

Este periódico constará de cinco pliegos, y se publicará todos los sábados desde el día 2 de diciembre próximo.

Se admiten suscripciones por trimestres, es decir por cada 13 números, en Madrid en la librería de *Collado*, calle de la Montera, en Cádiz en la de *Pajáres*, en Sevilla en la de *Aragón y Compañía*, en Granada en la de *Martínez Aguilar*, en Málaga en la de *Carreras y Ramon*, en Jaén en la de *Corrion*, en Córdoba en la de *Berá*, en Murcia en la de *Beneito*, en Valencia en la de *Domingo y Mompié*, en Zaragoza en la de *Engle*, en Barcelona en la de *Oliva y Compañía*, en Valladolid en la de *Roldán*, en Salamanca en la de *Blanco*, en Badajoz en la de *Patron é Hijo*, en Burgos en la de *Villanueva*, en Vitoria en la de *Barrio*, en Santander en la de *Ajá*, en la Coruña en la de *Cardeza*, en Pontevedra en la de *García*, en Santiago en la de *Compañel*, y en Lisboa en casa de don *Joaquín Gascon*.

El precio de la suscripción será el de 45 reales por cada trimestre; siendo de cargo de la empresa el envío á las casas de los señores abonados que residan en esta corte, y el dirigirlos por el correo á los que se hallen establecidos fuera de ella. El porte del correo será de cuenta de los señores suscriptores.

Los números sueltos se despacharán en Madrid en las librerías de *Collado*, calle de la Montera, de *Brun* frente á las gradas de san Felipe el Real, y de *Sanz*, calle de Carretas, á 4 reales cada uno.